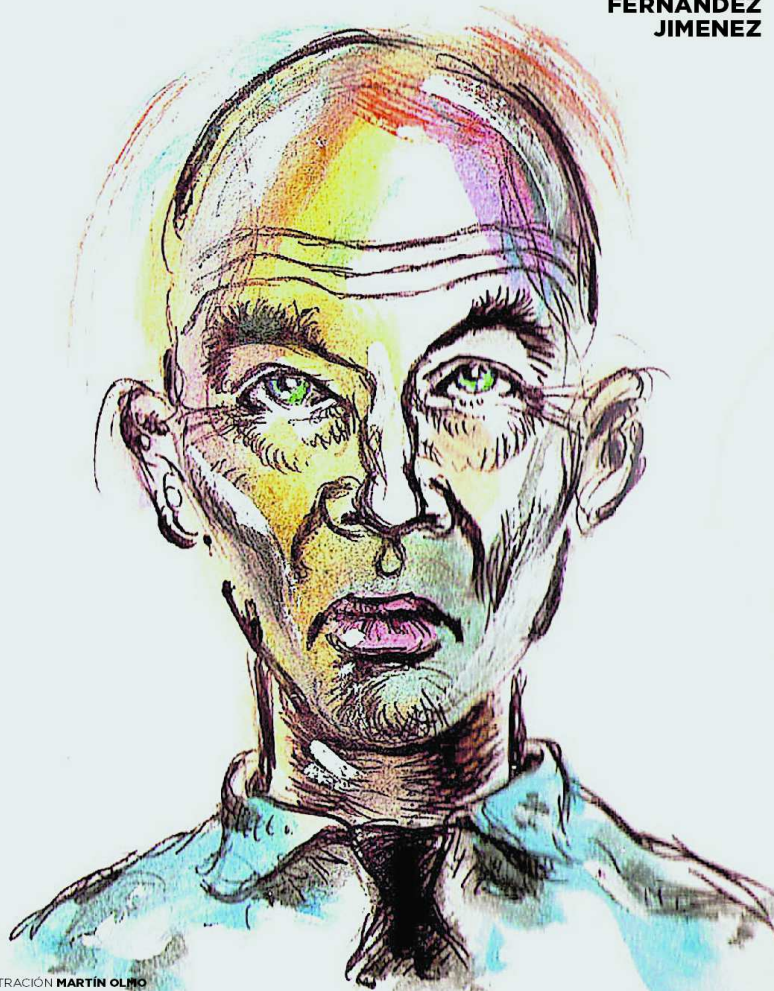


## RELATOS


**RENDIBÚ**  
CONCURSO DE ARTES

# EL MONUMENTO

 POR  
**ANTONIO  
 FERNANDEZ  
 JIMENEZ**


:: ILUSTRACIÓN MARTÍN OLMO

**E**ra calvo, monumental, y tenía un valle en el centro de su cabeza. Un amigo mío me dijo por lo bajini que, de perfil, se le notaba más el valle en su cabeza. Otro dijo que eso era porque salió mal del útero de su madre. Nos reímos un poco. Del susurro creciente, nos miró a los tres de súbito. Entretanto, yo estimaba que su madre es posible que llevara más de treinta años muerta. Cuando ya no pensé en nada le miré también. Era calvo, monumental, y tenía la mirada ligeramente soslayada. Yo me puse rojo. Su cara, en cambio, era del color de los lagartos, cetrina y verdosa. Sentía mis latidos golpear en las amígdalas y en las sienas. Me puse más rojo todavía cuando creí que todo el mundo podía oír los latidos golpear en mis amígdalas y en mis sienas. Había un silencio que yo impedía sonándome el moco o pasando una hoja del cuaderno. Cuando se giró de nuevo para la pizarra, la papada se le movió como si la tuviera implada de agua y pensé que si la tocaba sentiría lo mismo que si lo hiciera con la de un sapo. La rojez se me bajó tan de súbito que pensé que todo el mundo notó desvanecerse la tinta roja de mi cara. De repente me sudaron el sobaco y la patilla. Me acordé de que un amigo mío decía la expresión flipar por la patilla y se me escapó una bocanada de risa notable. Entonces él me miró de nuevo y anduvo hacia mí con paso soldadesco. Del pelillo de las cejas también me caían las gotas. Noté que la atención se colocaba en derredor mío cuando los brazos de fuego volvían a poseer mi cara. Era calvo, monumental, y tenía los ojos de un verdemar oscuro que me clavaron un miedo oceánico. La mirada se me difuminó un poco. Me latía la cabeza entera. Pensé que todo el mundo veía la pulsión de mi cabeza. Era calvo, monumental, y tenía el bigote cano y los labios rasgados. Pensé hasta qué punto quería llegar. Nuestras narices se pulsaron y percibi el sonido antiguo de cuando se fotografía un monumento. Los pelos canos del bigote se me clavaban en la carne. Mi bigote era aún tan fino como la pelusilla en la piel del melocotón. Me invadió una presión nostálgica de cuando comía melocotones en agosto con mi abuelo. Entonces mi lacrimal tremoló. La gente ya me daba igual. Él respiraba con furia, como los toros. Me invadió también un aroma rancio entreverado de cafés y cigarros. Tenía un poro de grasa en el párpado que deseé reventar por el placer de ver cómo algo caería a borbotones. El silencio era absoluto y demoledor. Mis pómulos tremolaban y me salían tics que antes desconocía que tuviera. Su

nariz aplastando la mía casi que me impedía la respiración. Quería toser, pero no lo hice. En esa posición estuvimos buen rato. Yo sentía que ahí había un propósito de algo, y me punchaba el corazón cuando creía que quizá no hubiera propósito de nada. Que la gente mirase, era algo que no me importaba. Casi que rompí a llorar por eso del melocotón, pero frené el sentimiento apretándome los puños. De tanto sudor, su nariz se deslizaba por la mía como el hielo de la Antártida. Hubo algunos momentos en los que creí desvanecerme. Para evitar el silencio restregué la suela de mis zapatos por el parque. Ahí pensé en María. Me punzó más el corazón cuando ideé que ella pudiera estar viendo esta ridícula escena por un agujero, como en las fantasmías. Me punzó más el corazón

cuando recordé la vez que fui a besarle los labios y me puso el pómulos rosado y blando. Sentía, cada vez más, palidecer.

Los cráteres de su nariz me hicieron pensar que llevábamos horas ya en esa posición. Imaginé por un momento las caras de todos mis compañeros, impertérritas y pálidas, mirando apasionados y con un terror excitante, ese terror frenético de cuando se está viviendo un hecho asombroso que todavía no es noticia, que todavía no lo sabe el mundo. Su contorno empezó a difuminarse y esa sombra luminica me lo creó todavía más enorme. Era calvo y monumental. Pude ver ese socavón en el horizonte de su cráneo y me lo imaginé naciendo. Una vagina imperiosamente expandida y una cabeza carmin y mojada chocándose contra la pared car-

nal. Luego pensé en María y se me agitó la sangre. Parpadeé dos veces seguidas para ver si esto era un sueño o qué. Desde mis ojos, su cara era ya una caricatura. Razoné que el ojo humano es vago y que, por tanto, fantasea la realidad en cuanto se aburre. Del roce de su nariz, empecé a sentir en la mía un acaloramiento inusitado, una candente sensación de esclavitud. Pensé que me saldrían granos. Y luego pensé en María otra vez. Los sarmientos de su bigote empezaron ya a provocarme las cosquillas. No sé si pensé que llevaba en esa posición unos cuantos días y que mis compañeros se habrían quedado estatuados con el boquiabierto asombro de aquel monumento. Poco a poco comencé a percibir el segundo de su reloj de muñeca. Era arritmico y agudo como el choque entre dos

alfileres. En un momento de paranoia, creí que su nariz me punzaba con vértice afilado. Luego sentí de nuevo la pulsión del tabique y creí volver a la normalidad. Pensé en María, en su diente largo, en el olor a champú de su pelo lacio y del color del orin. Por un momento tuve miedo pero me envalentoné pensando que en nuestro próximo encuentro la besaría como en las películas.

La respiración se me acusó. A él también. Se nos mezclaban los alientos y las células cutáneas. Me veía desde fuera, desde la mirada neutra de algún compañero, y contemplaba una sola cosa: un cuadro miguelangelesco que me fascinó un tanto. Luego ya no. Su rostro era una nube negra de las de agosto. Entonces recordé los melocotones de piel rasposa e infantil, dulzor de atardecer, y el olor a tierra y a sabia en las manos de mi abuelo. Yo creo que llevábamos ya muchos veranos en esa posición. Su rostro cetrino y verdoso, como el de los lagartos, empezó a parecerse al del melocotón. De mis ojos brotó un pincel que le magullaba líneas por su cara. Su nariz se deslizaba flemáticamente como la roca por la lava. Pensé en María y parecí oír su risa de timbre. El corazón me bombeaba una sangre espesa y mal engendrada. La risa de María estaba en cada una de las bocas de mis compañeros aquella tarde. De repente me dio vergüenza al creerme que de verdad María pudiese estar ahí. Cerré los ojos con consecuencia de arrugas y oí profundamente el gong de mis latidos en las amígdalas y en las sienas. También en las amígdalas y en las sienas de él. Era calvo y monumental y tenía un valle en el centro de su cabeza.

Pensé en su madre, muerta hace lo menos treinta años. Cuando ya no pensé en nada más, le miré profundamente los ojos de verdemar de playa y el iris de negrura oceánica. Me apabullé un poco. Luego me resistí a no quitarle la mirada. Nuestra respiración se excitaba, las retinas se fusionaban. Pensé en María. En el socavón. Apreté mucho mis párpados que casi se unían con la carne de mis moquetes. Ahora hubo susurros. Y en un impulso frenético, me engargbé de la silla y le besé la hondura de su cabeza. Como a un santo, o a un papa, o a una abuela enferma. De repente nuestras narices se distanciaron y yo sentí un vacío de espacio que me dejó como triston. Cuando quise evitar el silencio que reinaba en ese momento, pisé repetidas veces el parque con mi zapato y se iniciaron los susurros y las risas maliciosas. No me di ni cuenta, pero estaba chapoteando la orina de mi vergüenza.